



Habitaciones de la muerte



por *Trinidad Noguera*

Fue a esa hora tardía que los españoles solemos escoger para cenar. Esa noche, las cucharas y los tenedores se quedaron a medio camino de la boca, paralizadas de horror. En la pantalla del televisor, unas imágenes espeluznantes pusieron la piel de gallina a todo el que no apartó la mirada a tiempo. Filas de niñas pequeñas, casi bebés, atadas de pies y manos a sus sillas, balanceándose torpemente, en un intento no se si de liberarse o de emular un siniestro balancín. Desnutridas, sucias, incluso torturadas. Esperando una muerte casi segura (y para muchas, auténtica bendición) en un inhumano hacinaamiento. Abandonadas por sus padres (demasiado pobres para dar de comer a quien nada podrá aportar más que gastos) en manos de las autoridades. Abandonadas por las autoridades (demasiado preocupadas por el milagro económico para reparar en quienes oficialmente ni siquiera existen), en manos de la burocracia. Abandonadas por la burocracia (demasiado pendiente de llenas sus inmensos y ávidos bolsillos) en manos del mismísimo abandono. Eran las escalofriantes imágenes de los orfanatos chinos, que dejaron flotando como fideos en nuestros platos de sopa occidentales una serie de preguntas y un desasosegante tufillo a mala conciencia.

Entre esas preguntas, para mí la primera fue ¿de qué material están hechos los que «cuidan» día a día de esas niñas, cómo no se apiadan de su sufrimiento? ¿Es la cotidianidad y la rutina suficiente para inmunizar a un ser humano normal frente al dolor ajeno? ¿O es la constatación de que cualquier intento de salvarlas es inútil, lo que les endurece?

Concluí que, probablemente, esas personas sean buenos padres, madres, hermanos en sus vidas privadas. El trabajo en los orfanatos no es para ellos más que eso, trabajo. Y las niñas no son tales, sino pequeños trozos de carne llorones y malolientes, sin futuro y sin presente, puesto que ni siquiera se les inscribe en registro alguno. Pequeños paréntesis entre la miseria y la muerte. Y además, del sexo equivocado, ese que es por sí mismo en China una condena.

Las conciencias -los corazones, llámesele como se quiera- de Occidente se removieron en presencia de ese dolor. Una imagen vale más que mil palabras. Para muchos ya es imposible quedarse de brazos cruzados. A dónde hay que acudir, a quién hay que rogar por esas niñas, cómo se les

puede allegar fondos. Cómo adoptarlas. Cómo salvarlas de las habitaciones de la muerte.

Sin embargo, y a pesar de la nobleza de esos gestos, no puedo evitar preguntarme porqué miramos tan lejos para dejarnos mover a la piedad, y de ésta a la acción solidaria. En nuestras calles también hay niños que encuentran sus propias «habitaciones de la muerte»: debajo de una pila de cartones, en una chabola de las afueras, a los pero incluso en un cubo de basura. Bien es cierto que en España los orfanatos no son así de monstruosos, ni mucho menos. Y que la mayoría de los niños superan el primer año. Pero no es menos cierto que aún hay muchos que van de la marginación de la pobreza a la de la droga y la delincuencia. También ellos son pequeños paréntesis carentes de futuro.

Por eso a veces me pregunto si no estaremos también nosotros endurecidos por algunas rutinas espantosas.

NOTA: Disculpenme por traer a colación estas cosas en fechas tan señaladas. Pero es que creo que el turrón se vuelve amargo cuando se come sin pensar más que en uno mismo.



Mercadillo de Manzanares

POR MIGUEL ÁNGEL MORA FDEZ.-PACHECO